



Seix Barral Biblioteca Formentor

Peter Matthiessen

En el paraíso



Seix Barral Biblioteca Formentor



Peter Matthiessen

En el paraíso

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *In Paradise*

© Peter Matthiessen, 2014

© por la traducción, Javier Calvo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2015

ISBN: 978-84-322-2504-8

Depósito legal: B. 16.275-2015

Composición: Àtona-Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Ha sobrevolado toda la noche el océano procedente del Nuevo Mundo, y ha descendido desde la mirada de la luna y las rígidas estrellas hasta la lobreguez y la tumultuosa inversión térmica que envuelve a Polonia en invierno.

Un taxi lo lleva del aeropuerto a la ciudad y lo deja en una plaza vacía en donde una hilera de autobuses, aparcados muy cerca unos de otros, apunta a un muro agrietado. El taxi ya se ha ido cuando él descubre que están cerrados con llave. (El aire que hay aprisionado dentro, piensa, debe de estar todavía más frío que el de fuera.) En el café de la esquina le informan de que los autobuses que van a su destino no funcionan hasta la primavera y de que ha perdido el tren matinal que habría podido coger si lo hubieran llevado hasta la estación; ya no habrá otro hasta la noche.

Confundido, se toma un café solo en la barra, mirando con el ceño fruncido al viajero sin afeitar que se refleja en el espejo sucio. Su anticuado polaco es a duras penas rebasado por el inglés primitivo de una pareja joven que lo ha oído preguntar cómo alquilar un coche y que ahora respalda escandalosamente la afirmación huraña

del camarero de que eso le saldría demasiado caro. Preocupados por que un visitante de su hermosa tierra esté sufriendo un percance, los jóvenes se ofrecen a acompañarlo al pequeño museo que él ha mencionado: el camarero le puede guardar su vieja maleta. Por el camino podrá admirar el Palacio Real y la catedral de la colina de Wawel y la basílica de Santa María, destruida en el siglo XIII por tártaros de Asia y reconstruida en el XIV con esa extraña torre coronada.

—¡Parece carámbanos negros! —exclama la chica. Así por lo menos su invitado podrá disfrutar del centro histórico de la ciudad más antigua de Polonia, que dicen que sigue tan preciosa porque Cracovia, igual que París, se libró de las bombas y del fuego en la guerra. ¿Cómo dice? ¡Oh, no, señor, le responden entre risitas, ellos no han estado nunca en París!

Agotado, sigue a sus joviales guías por delante de la medieval Lonja de los Paños que hay en la plaza del Mercado. Mirek y su enamorada Wanda se niegan a dejarlo visitar esta ciudad que él conoce más que ellos sin arrastrarlo a una tienda para que encuentre un *souvenir* de Polonia. Wanda supervisa la elección de una pastilla sedosa de ámbar transparente.

—¿Para hacer feliz a tu novia en América? ¿Regalo bonito para madre?

Ese goterón dorado que encierra minúsculos insectos vetustos es la esencia misma de su tierra natal, y sin embargo su adquisición todavía le hunde más el ánimo. No conoce a nadie a quien pudiera interesar demasiado este pedazo de savia fósil vegetal, ya no digamos a quien le hiciera «feliz». No tiene novia, solamente una amante casada a la que no echa demasiado de menos —en realidad, se alegra bastante de perderla de vista un poco—, ni tam-

poco le queda familia viva en el Nuevo Mundo. Si todavía estuvieran vivos, ni su padre ni sus abuelos paternos aprobarían este viaje, dado que siempre le habían aconsejado que no volviera a aquella región del sudoeste de Polonia por el mero hecho de haber nacido en ella. «Tú no tienes recuerdos de ese lugar, y los que tenemos nosotros son tristes», le había dicho su padre.

Lo único que piensa asegurarse de ver en Cracovia es el retrato que hizo Leonardo da Vinci de una chica del Renacimiento que tiene sobre el regazo un armiño blanco. Mucho tiempo atrás, su padre le mostró una reproducción descolorida y recortada de una revista de arte. («¡Cómo me recuerda a tu querida madre!») Por desgracia, en este frío domingo de 1996, *La dama del armiño* permanece confinado tras una obstinada puerta de madera. Sus guías se quedan mirando el letrero como si esperaran que en cualquier momento pudiera cambiar de opinión. Decepcionados en nombre de su invitado, y notando lo molesto que está, a los pobres se los ve un poco desesperados.

De regreso, y en un esfuerzo por intrigarlos, él les cuenta que a lo largo de los siglos ese retrato de Cecilia Gallerani, la amante adolescente del conde Ludovico Sforza, deambuló de un lado para otro en medio de guerras y conquistas: encerrado a cal y canto en sótanos de castillos, robado y por fin recuperado, únicamente para ser confiscado por Hans Frank, gobernador general de la Polonia ocupada, y exhibido en su despacho del Palacio Real.

—¡Está ahí arriba! —Ansiosa por contribuir con algo, la chica señala ahora la fortaleza que asoma de la niebla sobre la colina rocosa que domina el río.

—¡Lo podemos visitar! —grita Mirek, igual de ansioso.

Una vez dentro del palacio, les enseñan el despacho vacío donde el Leonardo —y tal vez también un Rafael jamás recuperado— probablemente iluminaron un día las lúgubres paredes, sin duda ostentados como trofeos de guerra por la *Hausfrau* Brigitte Frank, que se las daba de «reina de Polonia», el título que consideraba adecuado para un personaje tan grandioso como ella: la nueva señora del Palacio Real. Y tal vez fuera esta reina nazi (a quien su marido detestaba, según se decía) la que encargó el robo de «la Cecilia» a principios de 1945, cuando la espantosa familia huyó del Ejército Rojo que se acercaba retumbando a través de Polonia procedente del este y se instaló en su chalet de Baviera, de donde acabaría siendo rescatada por los soldados aliados que cruzaban retumbando Polonia procedentes del oeste.

—Siempre he estudiado ese periodo —les explica, avergonzado por cómo abrumba a sus interlocutores su exhibición de conocimiento. Pero cuando vuelven a salir a la ciudad, él les cuenta a sus jóvenes y fascinados amigos que, maravillosamente, la obra maestra (uno de los cuatro únicos retratos conocidos que hizo Leonardo de una mujer, incluyendo la *Mona Lisa* y *La belle feronnière*, ambos en el Louvre) apareció en París y fue por fin devuelta a Cracovia, gracias a Dios.

—¡Gracias a Dios! —ratifican con fervor los enamorados, confesando al mismo tiempo que jamás habían sabido de la existencia de aquel cuadro y mostrándose asombrados por el hecho de que un tesoro de tanto renombre pudiera hallarse en algún lugar de su devastada tierra.

Se dirigen a la calidez de aquel café de Kazimierz, el antiguo barrio judío que lleva el nombre del rey Casimiro, del siglo XVI: una edad de oro, les menciona él, de la benevolencia hacia los judíos, que huyeron hacia Polonia de los pogromos y persecuciones que se extendían por toda Europa. Sin embargo, pese a que asienten con la cabeza y sonríen, a sus compañeros no se les ocurre ningún comentario acerca de toda esa información, que él había confiado en que pudiera avivar una conversación que ya decaía. Intenta enmendar su tono pedante, pero no tarda en regresar a sus conocimientos a falta de un antídoto mejor a la jovial ignorancia de la pareja, instruyéndolos sobre el hecho de que, en otras épocas, su ciudad fue un centro cultural de la población judía. Después de septiembre de 1939, cuando el Tercer Reich se hizo con el sudoeste de Polonia, sacaron a los judíos de sus casas para meterlos en un gueto situado cerca del río, lo cual permitió al *Obergruppenführer* Frank jactarse de que Cracovia era la primera ciudad *Judenfrei* de todo el Territorio Ocupado.

La chica mira a su compañero. *¿Judenfrei? ¿Qué nos debe de estar diciendo?*

—Pero, por supuesto, vosotros conocéis mejor vuestra historia que un extranjero que nunca ha estado aquí.

—¿Ni siquiera en Cracovia? —se extraña la chica, y traza un círculo con la mano para invocar su legendario hechizo.

—Pero usted habla polaco bien —le dice Mirek, apremiando a su invitado a que les explique eso de *Judenfrei*: ¡qué gracioso resulta que en toda su vida no hayan conocido ni a un solo judío, ni a uno!

Él se queda mirando cómo ellos se ríen de la idea misma de conocer a gente judía.

—Supongo que no es de extrañar, dadas las circunstancias —les dice—. Muy pocos sobrevivieron a la guerra y casi ninguno ha regresado, ni siquiera hoy. No es de extrañar.

—¡No es de extrañar! —ratifica con fervor Mirek.

—¡No es de extrañar! —dice la chica.

Incómodos, los enamorados miran a su alrededor en busca de rastros de judíos desaparecidos, como si esos edificios ennegrecidos por siglos enteros de hollín estuvieran atiborrados de secretos hebreos.

En medio de la niebla de carbón y bajo la lluvia de diciembre, la ciudad milenaria yace sumida en su propia fatiga y melancolía. Él no desea visitar la Sinagoga Antigua, construida en el Renacimiento. Gracias, les dice, pero viajar toda la noche lo ha dejado muy cansado.

—Vale, no problema —dice Mirek, riendo—. Cansado es natural.

Y Wanda sonrío:

—Vale, cansado es natural, no problema, exacto.

Los enamorados se abrazan a modo de celebración de sus jugosas vidas (y tal vez también para darse calor: Mirek solamente lleva un fino jersey blanco de cuello de cisne bajo su chaqueta ligera de imitación de cuero, y Wanda, una chaqueta de tela vaquera con atrevidos bordados blancos y un cuello de falsa piel de zorro de color naranja).

Tan encantados están los enamorados con su des acostumbrada oportunidad para practicar inglés que se ofrecen a llevar en coche a su cautivo extranjero hasta su mismo destino, «para divertirse nada más». No seáis bobos, protesta él, está demasiado lejos, luego os tocará re-

gresar por las carreteras heladas y en plena noche de invierno.

—¡No, no, señor, por favor, señor, usted es el invitado de Polonia!

Si insiste, el invitado de Polonia puede pagar la gasolina, ¿es bien?

—Sí, es bien, exacto —dice la chica, riendo.

Además, los padres de ella viven en un pueblo que hay cerca y tal vez su novio también se pueda quedar a pasar la noche si su padre le da permiso.

En el café, él recoge su maleta mientras Mirek se va a buscar el coche y Wanda corre a la tienda de al lado para comprarle una postal de recuerdo de *La dama del armiño*. Cuando ella vuelve, él le acerca una silla para que se siente y le pide un chocolate caliente y unas galletas dulces, a lo que la chica reacciona con chilliditos de placer y le enseña la postal:

—¡Su Cecilia, señor! ¿Es más guapa que mí soy?

Wanda es atractiva a su manera delgada y con aire de chico, y ha notado que al visitante puede parecérselo. Ahora coquetea risueñamente, intrigada por los modales del Viejo Mundo de su invitado, o eso sospecha él, y por su ropa de buena calidad. Pero como carece de sofisticación, se alarma cuando él, para divertirse, le sostiene la mirada y desafía su coquetería inclinándose hacia delante y examinándole la cara mientras sostiene en alto la postal para comparar. Está claro, exclama ella, mientras su mirada busca una escapatoria, está claro que el caballero irá a buscar a su Cecilia cuando pase de vuelta por Cracovia, ¿no? A continuación hurga en su bolso rojo reluciente en busca de nada en absoluto, mientras él se reclina en su asiento

para llamar al camarero (que durante una época residió en Queens, Nueva York, y por tanto es una autoridad sobre Estados Unidos) y le pide a «mademoiselle» otro chocolate caliente para reemplazar el que ella ha derramado casi entero por culpa de los nervios sobre la superficie redonda de mármol de su mesilla de café.

—Dicen que Cracovia tiene más sinagoga que judío —dice Mirek, riendo, al regresar.

El chiste es demasiado sagaz para venir de labios de un joven nacido mucho después de la guerra: seguramente lo ha oído en algún lado, lo ha recogido por ahí, como si fuera una moneda gastada y tirada en la acera. Levantando la nariz al oír el chiste del chico, mientras deja en la mesa la taza de chocolate de Wanda, el camarero les explica que la mayoría de las antiguas sinagogas de madera de la ciudad se quemaron, y que la mundialmente famosa Sinagoga Antigua renacentista la visitan ahora principalmente grupos organizados de turistas que vienen de Israel y Estados Unidos.

—¡Grupos organizados, exacto!

Aliviada por el regreso de Mirek, la chica farfulla feliz que en realidad este antiguo barrio ha vuelto a la vida como atracción turística, ofrece animada «música judía» en el Klezmer-Hois y en el café Ariel. Sin duda, comenta el extranjero, a los pocos judíos que regresaron después de la guerra les gusta la «música judía». Aunque lo dice en tono afable, su inflexión hace que aparezca una pequeña arruga en ese ceño de alabastro. *¿Es posible que su invitado sea un poco sensible con lo de esos judíos?*

—No pasa nada, señorita, no soy judío —dice él con una sonrisa. Entre su pelo de color trigo, sus ojos azul claro y sus pómulos altos y anchos, parece más eslavo que ellos.

—¿Cómo lo puede saber ella —vocifera Mirek—, si nunca ha visto uno?

Echando las sillas hacia atrás con un chirrido, los tres sueltan risas un poco demasiado largas. Pese a las protestas de sus amigos, el extranjero paga la cuenta y deja propina para el camarero. Con la poco manejable maleta de su padre (que ahora regresa por primera vez al país del que vino), se ve embutido en la parte de atrás del pequeño coche de Mirek, sentado de lado, con las rodillas pegadas a la barbilla.

—Que tenga un buen día, señor —le dice el camarero alzando la voz y sonriendo por alguna razón—. Un buen día polaco.

2

La carretera sigue el río Vístula corriente arriba y hacia el oeste, a través del paisaje helado; al sur se elevan las colinas de color gris negruzco de los montes Tatras y de Eslovaquia. Por todo el camino se levantan esporádicamente casas de piedra, con los tejados escarpados para quitarse de encima la nieve, casi todas protegidas por verjas de lanzas de hierro (¿lobos y bandoleros?). Estas moradas se abalanzan sobre la carretera como si huyeran de las oscuras hileras de árboles perennes que bajan desfilando por las laderas blancas de las colinas de más allá, como si fueran regimientos prusianos (o austrohúngaros, o rusos) cruzando una llanura interior de la sangrienta Polonia, desprovista de fronteras naturales que la protejan de los invasores.

Hacia el crepúsculo, los neumáticos hacen pom-pom sobre los viejos raíles que hay incrustados en el asfalto; la vía férrea cruza la carretera y desaparece en el interior del bosque. Presumiblemente, esas vías ya se usaban antes de la guerra, cuando Oswiecim, que queda justo al nordeste de la frontera, era un centro del transporte por el norte de Europa de mano de obra temporal para las

cosechas; eso explica en parte por qué el pueblo fue elegido como estación terminal, supone él. Ahora cierra los ojos y se imagina que siente las vibraciones de los lentos trenes que debieron de avanzar durante dos semanas dando sacudidas por el terreno llano, hasta que oye el chirrido y el crujido de las juntas de hierro; se pregunta qué les pasaría por la cabeza a aquellos maquinistas de hace medio siglo mientras se asomaban a aquellos corredores nocturnos de bosque: hombres de caras ásperas y sucias de hollín, tal como él se los imagina, royendo men-drugos negros.

Al otro lado del puente sobre el río, al anochecer, los cobertizos que flanquean la carretera empiezan a aparecer cada vez más cerca de las viviendas encorvadas y pronto todas las edificaciones se coagulan en forma de ciudad de provincias. Inclínándose hacia delante para hacerse oír por encima del traqueteo del coche, les pregunta a Mirek y a Wanda si saben que antes de la guerra Oswiecim había sido una comunidad mayoritariamente judía y renombrada por su hospitalidad: su nombre, según ha leído, podría derivar de una palabra en yiddish que quiere decir «invitados».

—Yittish. —Saboreando la palabra, la chica mira a su alrededor con los labios entreabiertos—. Cerca de este Oshpitzin, yo nacido.

Él no puede resistirse a decir «igual que yo», ni a divulgar su apellido cuando ellos lo presionan.

—Es un apellido muy conocido por aquí —dice Mirek, notando la reticencia de su pasajero. Para distraer a Wanda, asegura que nadie lo avisó de que su novia era una «yittish». Ella se pone a hacerle cosquillas en las costillas, provocando que él se aparte entre protestas estridentes y dé un volantazo con una sola mano.

—¡Una yittish no! —exclama ella—. ¡Nacida en antigua *casa yittish*!

A él lo ponen nervioso el escándalo que arman y sus peligrosas tontadas. Pero estos chavales han sido generosos con él, de manera que se traga su agitación y para hacerlos callar le pregunta a Mirek qué ambiciones tiene en la vida. Al parecer, originalmente el chico tenía intención de estudiar para sacerdote en el mismo seminario de Cracovia en donde Su Santidad —«¡La primera Santidad polaca!», le asegura la chica— se había formado en secreto durante la guerra. Pero últimamente... Mirek vacila: sus padres parecen haber perdido interés en ese compromiso.

Wanda sonrío, acariciando el pelo cortado a cepillo de Mirek.

—¿Sabe lo que dice su padre? Pues dice: «¡Casi mejor esa tonta de Wanda que un guarro de cura!».

Mirek parece infeliz:

—Padre siempre es bromas —dice.

Está cayendo la noche y la calle principal está casi a oscuras. Un letrero tenuemente luminoso que dice HOTEL GLOB produce una sensación acuosa bajo la lluvia fría. ¿Acaso este mesón de aspecto siniestro pudo ser antaño la hospitalaria posada del viejo Oshpitzin? (ahora se siente con ganas de fingir que ese nombre tan glotal no significa «hotel mundial», sino que conmemora a algún sanguinario «ogro Glob» de los cuentos populares de la Edad Media).

Cuando Mirek se detiene para pedir indicaciones, un lugareño se acerca a la ventanilla del coche y se asoma al interior, protegiéndose con las manos unos ojos bastante

juntos. En vez de darles indicaciones, sin embargo, se los queda mirando más allá de la pura curiosidad o los simples malos modales. Y este cretino, ¿por qué es tan puñeteramente fisgón? Pero antes de que puedan recriminarle nada, el tipo yergue la espalda, se da la vuelta y ladra unas cuantas sílabas ásperas por encima del hombro mientras se aleja por la calle en plena noche.

Después de que a los judíos de Oswiecim los transportaran al gueto de Cracovia, sus casas fueron ocupadas por cristianos, entre ellos sin duda los ancestros del fisgón. Y quizás también la familia de la chica; quizás fue entonces cuando se mudaron a su antigua casa «yittish». ¿Es que a los jóvenes no os han contado nunca, les dice, que después de la guerra, cuando unos pocos refugiados regresaron a Polonia, los recibieron con insultos y los echaron y a algunos les dieron palizas o incluso, a los que insistieron demasiado, los mataron?

—En este país se asesinó a casi dos mil judíos *después* de la guerra —dice él—. ¿Es que no lo sabíais?

—¿Asesinó? —Ellos han dejado de hacer el payaso. Parecen escandalizados, no tanto por la estadística, sospecha él, como por la intensidad que muestra su pasajero—. ¡No, señor! ¡Lo siento! ¡Nunca aprendimos esas cosas!

—¿Por qué lo sientes? Todavía no habíais nacido. —El tono de él es demasiado despectivo: el pesar que ha mostrado el muchacho era sincero—. Yo decía en la escuela, en casa.

Mirek guarda silencio. Las dos cabezas del asiento delantero, mirando al frente, parecen hipnotizadas por el fuc-foc-fuc-foc de los gastados limpiaparabrisas que se arrastran por el cristal frío y enfangado.

¿Por qué los desafías de esta forma, idiota? ¿Qué te esperabas? Y frunce el ceño en el mismo instante en que la mirada atemorizada del muchacho capta su fruncimiento en el retrovisor, malinterpretando la expresión del desconocido.

Lejos de estar aislado en un paisaje desolado, que es lo que los noticieros de posguerra lo llevan a uno a imaginar, el complejo rodeado de altas verjas y convertido en museo estatal está situado entre vías públicas en las afueras del pueblo. Aunque ya ha caído la noche, la cancela del patio delantero no está atendida por nadie y permanece abierta a la calle, y el hierro forjado negro del arco de la cancela, reluciente bajo la lluvia, sigue en el mismo sitio después de medio siglo.

Desesperada por resultar útil, la chica descifra el letrero:

—¡Significa es: «*Trebajo* hace tú libre»!

Pero el muchacho la hace callar:

—¿Está usted bien, señor?

Mirek ha ralentizado la marcha hasta casi parar el cochecito, ya cerca de la verja, pero su pasajero le hace señas para que continúe hasta el otro lado. Los tres echan un vistazo por encima del hombro, como si ese portal, sin nadie que lo vigile, pudiera cerrarse en silencio tras ellos.

El patio a oscuras está vacío. Un edificio de dos plantas que hay en la otra punta del patio se ve perfilado por el resplandor de una luz carcelaria; sus escasas ventanas no están iluminadas. Mirek para el coche cerca de la entrada y deja el motor encendido. Se quedan los tres mirando a su alrededor, sin hacer gesto alguno de salir.

Con voz repentinamente ronca, el pasajero pregunta:

—¿Cómo os sentís? Al estar aquí, me refiero. ¿Qué sensación os produce venir a un sitio como éste? En vuestro propio país... —Los jóvenes polacos intercambian miradas de alarma. ¿Por qué iba su invitado a hacerles esa pregunta, tantos años después de aquella época turbia que hasta los viejos decían que apenas recordaban?

Él insiste. ¿Es que no se habían fijado en las antiguas vías del tren que hay incrustadas en la carretera? Seguramente sabían que, antes de que aquellos primeros transportes de judíos llegaran de Europa occidental, allí ya se había exterminado a miles de prisioneros polacos: *¡Vuestra propia gente, niños y niñas!*, tiene ganas de gritarles, *¡aquí mismo, detrás de esos muros! ¡Despertad!*

Cuando ellos contestan por fin, lo hacen en susurros. Ha pasado demasiado tiempo, le dicen. Ni siquiera nos lo podemos imaginar. No sabemos cómo pensar en algo tan increíble; él se fija en que no ha dicho «tan terrible» sino «tan increíble», tan fuera de lo que se puede creer, como si ninguna inteligencia cuerda pudiera comprender, mucho menos aceptar, el hecho de que un horror tan enorme tuviera lugar en este barrio tranquilo de la ciudad natal de la chica.

Ella está sollozando. Mirek sale del coche de un salto, abre bruscamente la puerta y saca la ajada maleta tirando de sus correas de cuero. Le piden que se vaya. Él intenta en vano compensarlos por la gasolina, le suplica a la chica que por lo menos acepte con sus sinceros parabienes el trozo de ámbar que tanto le había gustado a ella en Cracovia.

—Por favor, por favor, señor —susurra ella, con lágrimas en los ojos—. ¡Es regalo bonito para madre!

Se marchan por fin, dejándolo a solas con la maleta de su padre y el ámbar rechazado. Cuando el cochecito sale por la cancela, el pétalo de la cara pálida de la chica

aparece en su ventanilla desdibujada, y él levanta la mano a medias para despedirse, lo único que le da tiempo a hacer. El cochecito huye por la avenida vacía, con los neumáticos silbando sobre el pavimento mojado. ¿Acaso aquellos chavales no podrían haber esperado un momento para asegurarse de que al invitado de Polonia lo dejaban entrar?

Tampoco es que se mereciera mucha cortesía. Ellos habían tenido la amabilidad de llevarlo durante cerca de cincuenta kilómetros por una carretera helada hasta aquella *cloaca máxima*, y él se lo había pagado hostigándolos con pedanterías y pinchándolos con una mezquindad irritada que no podía atribuir ni al *jet lag* ni a la fatiga, o por lo menos no del todo. *¿Pues entonces a qué? Más te vale recobrar la compostura.*

Oye algo, o no, que le hace girarse en redondo para contemplar el edificio a oscuras que tiene detrás; le alivia ver un contorno de luz alrededor de la pesada puerta. Por fin sus golpes hacen que alguien salga a abrir y una mujer, llevándose el dedo a los labios, le pide que guarde silencio. Éste es el antiguo edificio de admisiones, sí. Lo esperaban más temprano.

Se come a solas un plato de sobras frías en el comedor de las SS, sin ventanas y con paredes de tumba, como una estación de metro. Sube unas escaleras empinadas y de recodos bruscos, siguiendo unas flechas grandes y rojas, hasta un dormitorio comunitario de las SS convertido en aposentos diminutos para los escasos visitantes dispuestos a pasar una noche allí, cincuenta años más tarde. Un pasillo con la pintura descascarillada lleva a una habitación angosta donde el hombre que ocupa uno de los catres se da la vuelta y finge estar dormido para ahorrarles a los dos el esfuerzo de presentarse.

Una ventana de bisagras da al complejo interior. Las esquirlas de luz fragmentada desvelan las siluetas de los barracones reglamentados, tan llenos de aristas como la cárcel de un escenario teatral. En la otra punta de aquella calle —o eso le revela por fin una voz que estalla en toses llenas de flema detrás de él—, se encuentra la antigua residencia del último comandante del SS Konzentrationlager Auschwitz I, convenientemente cerca del patíbulo donde lo ahorcaron después de la guerra.

Su informador ha apartado su sábana, dejando al descubierto una boca roja como una herida que hiende la barba mal afeitada de una cara alargada y escandinava.

—¿Por qué me mira así, si no le molesta la pregunta? ¿Nunca había visto a un judío nórdico? —Tras lo cual, esa cara de sonrisita zorruna se retira bajo la manta, soltando un ronquido amortiguado que a él le parece que podría ser una risa.

Se queda allí acostado, agotado por el viaje, incapaz de dormir, mucho más cerca de lo que querría estar de ese cuerpo masculino extraño que hay en el otro catre. La opresión que rezuman estas paredes, piensa, sólo puede verse intensificada por sus propias dudas sobre por qué ha venido hasta aquí, junto con el miedo que le dan los días siguientes. Es culpa suya, por supuesto. Pero ¿en qué se ha metido?

—Realmente no tienes elección, ¿verdad? —le había dicho su madrastra.

—No —había contestado él, sin dejar de mirar aquella foto—. Ya no.

Y luego, en voz muy baja, ella le había dicho:

—Tu padre tampoco tenía elección, pero no fue nunca. ¿Por qué sospecho que es por eso por lo que el pobre lo hizo?

3

A la mañana siguiente en el comedor, mientras come pan duro y negro con margarina y bebe café rancio, le pone al corriente de la misión de este retiro su compañero de habitación, el doctor Anders Stern, el «judío nórdico» de la cara alargada de chiflado. En total, unos ciento cuarenta peregrinos procedentes de doce países se han comprometido a realizar una semana de homenaje, oración y meditación silenciosa en recuerdo del millón y pico de víctimas de este campo, y «a través del testimonio personal», dice el manifiesto, «ser testigos para que el mundo no olvide la capacidad insondable que tiene el hombre para hacer el mal, en caso de que ese horror sea relativizado en el futuro».

Primatólogo y biólogo evolucionario con opiniones contundentes sobre el papel fatal de la especie humana en el árbol de la vida, Anders Stern es uno de esos intelectuales perversos a quienes les gusta desempeñar el papel de bufones. Lleva unos pantalones bombachos de lana con tirantes, botas de goma de campesino hasta las rodillas y una chaquetilla enorme de color estiércol. Ojos azules y pelo claro en extraño contraste con unas cejas ne-

gras; aquella boca roja y húmeda con el labio inferior protuberante que aseguraba un aire de dolor no exactamente cómico. Habla en tono más alto del necesario, se hace oír por encima de los demás e interrumpe. Soltando fuertes eructos por puro hábito, declara que está asistiendo a este retiro con la esperanza de que todas esas jornadas de meditación silenciosa en un campo de exterminio le ayuden a comprender ese sadismo masivo que podría explicar el propósito evolutivo de la supuesta maldad humana...

—¿*Supuesta* maldad humana, dice usted? —se queja una voz femenina—. ¿Propósito *evolutivo*?

Hay varios participantes del retiro escuchando a Stern desde las mesas del comedor, la mayoría personas de mediana edad o ancianas, que hablan con humildad y se muestran incómodas cuando uno les presta atención. Muchos son practicantes experimentados de la meditación silenciosa que constituye el principio organizador de este retiro, y todos tienen un conocimiento al menos tangencial del idioma inglés. La mayoría, según informa Stern a su compañero de habitación, en voz un poco demasiado alta, son judíos y cristianos de Israel, Estados Unidos y Europa occidental, principalmente Alemania. También hay un joven palestino y un budista tibetano postizo llamado O'Brien procedente de Nueva Jersey. Entre los no afiliados se cuenta un tal señor G. Earwig, que no ha indicado su nacionalidad, y también se han hecho arreglos de última hora para acoger a un tal doctor D. Clements Olin, poeta y académico americano nacido en Polonia, que no se ha inscrito formalmente pero se ha sumado a este retiro para aprovecharse del buen precio de sus frugales aposentos y de su proximidad y facilidad de acceso al campo en sí.